

El homenaje a Gilberto Núñez Ursinos

Fidalgo

A los villafranquinos les resulta difícil comprender a Gilberto Núñez Ursinos.

El anunciado homenaje coincidente con la XXXII fiesta de la poesía concluyó como el parto de los montes. Cada participante cumplió atendiendo el deseo de lucimiento personal.

Conocí a Gilberto en las muchas y largas jornadas de convivencia en su finca y casa de los Tejedores, a la orilla del Burbia. Ese río fue para él la más lacerante pesadilla, cuando Cuadrillero, (alcalde de Villafranca), decidió ampliar el campo del ferial depositando escombros en la margen opuesta del río. Ursinos temía que el agua invadiera su propiedad, como ya lo había hecho en repetidas y amenazantes ocasiones.

Su gato Parsifal era testigo mudo de aquellos monólogos en los que Gilberto hablaba desahogando sus congojas. Normalmente era Parsifal su único confidente. Cuando me acercaba a compartir con ellos las horas, Parsifal desde su silla, en la que seguía enroscado me miraba indiferente. Gilberto repetía entonces (para que yo lo conociera) el monólogo que había tenido con el gato. Casi siempre era un rosario de lamentaciones contra la oligarquía villafranquina y el cazurrismo leonés.

Se ha vinculado equivocadamente a Ursinos con las izquierdas. Gilberto no era hombre de derechas ni de izquierdas. Hoy se le podría encasillar como ecologista.

Gilberto con lo que mejor se identificaba era con el Bierzo idealizándolo hasta convertirlo en la "Diosa madre". Su panteísmo le hacía sentirse vinculado a la tierra, producto de la fecundación de la tierra, hermanado con el chopo, el agua, el malvís y la trucha. Su discurso era franciscano. Su vida fue en verdad humilde y mística. Odiaba por igual a los políticos y a los caciques. Buscaba la libertad y repudiaba la hipocresía social villafranquina, tan dependiente de honorabilidades feudales.

Por eso sus escritos fueron un canto a profesiones identificadas con trabajos pastoriles, labriegas, madereras y artesanales.

Ursinos, como Carnicer, como Gil y Carrasco, e incluso como Ramón González Alegre, han sido villafranquinos (de diferentes momentos, y uno de ellos felizmente vivo), que han rebosado los postulados localistas, debiendo ser considerados más bercianos, que villafranquinos.

Son personajes que se adaptan mal al cliché social de la villa. El gran homenaje, a cualquiera de ellos, no debe ser gestión villafranquina, sino tarea de todo el Bierzo.

Gilberto tuvo una exquisita sensibilidad, fue un berciano medular y un escritor que sin haber llegado a alcanzar la madurez, compensa la oferta con la sinceridad de sus análisis y la visión poética del Bierzo.

Lamentablemente, Villafranca ha dejado pasar una ocasión de oro. Gilberto Núñez Ursinos merece algo mejor.